

# La política de la comunicación y la comunicación de la política

---

Todd Gitlin  
Profesor de la New York University  
(Traducción de Eva Aladro)

## 1. LOS USOS DE LA MALA ESCRITURA

**H**istóricamente, las ciencias sociales han ido emparejadas con la crítica social. La teoría social se originó de hecho como un intento de dar cabida a la crítica -para identificar a grupos que por su situación en la sociedad, podían ser capaces de poner en práctica la crítica. Éste fue el logro del marxismo, como lo fue el de Saint Simon o el de Weber en un sentido distinto. Fueron éstas muy diferentes teorías o maneras de teorizar, pero con el rasgo común de la fe en el significado y motivos prácticos de la teoría. Incluso cuando la ciencia social se ha unido por sí misma a más modestos fines políticos en las últimas décadas, siempre ha conservado su compromiso con la crítica, aunque con una crítica ahora más moderada y viable.

Pero en los últimos años ciertamente una cosa que ha deteriorado a la teoría y a la crítica es el auto-aislamiento de la ciencia social profesional. Y ningún factor ha contribuido tanto a ese auto-aislamiento como la calidad, si es que ésta es la palabra adecuada en este caso, de la escritura académica. Lo cual plantea la cuestión de por qué los académicos universitarios escriben rutinaria, herméticamente, en una prosa blindada, repleta de jerga y de voz pasiva, que cruza con entusiasmo la barrera que separa la complejidad de la oscuridad. La alarma la lanzó Russell Jacoby cuyo tono malhumorado en *Los Últimos Intelectuales* (1987) quizás supone prematuramente que el público intelectual es una especie en extinción. El deporte de reírse de la mala escritura que practica Jacoby es demasiado fácil. Yo desearía, más bien, subir la escalera de Jacoby y preguntarme por las causas y usos sociales de la mala escritura. Ello no significa que la escritura inaccesible automáticamente incapacite a la ciencia social para la crítica: Marx mismo es el ejemplo idóneo, aunque cuando se proponía hacer un panfleto resultaba el más lúcido de los polemistas. Pero el lenguaje académico más reciente, a diferencia de Marx, fracasa en la expresión de la crítica social con palabras menos brillantes pero con más garra. Considerando los miles de personas inteligentes que están absortos en el estudio de los medios en todo el mundo, su producción colectiva no consigue alcanzar un grado crítico mínimamente satisfactorio. Cuando no somos capaces de hablar a un público masivo, difícilmente estaremos bien preparados para movilizarnos nosotros mismos hacia la crítica. La accesibilidad no basta por sí misma, pero es un elemento indispensable para la crí-

tica social y para el más grande objetivo que la crítica social ha de perseguir, el ensanchamiento de las perspectivas en una sociedad democrática.

¿Por qué escriben mala prosa?. Hay, en primer lugar, una explicación institucional: la mala prosa florece porque las instituciones académicas y los gatekeepers profesionales la toleran y hasta la recomiendan. Los estudiantes universitarios rara vez son animados, y no digamos obligados, a escribir más asequiblemente, y no digamos con más claridad, o con más elocuencia, sutileza o garra. Enseñar estas artes es difícil incluso en las mejores circunstancias; y como es difícil, no se saca nada intentándolo. En general a los estudiantes no se les recompensa por hacerlo. Escribir mal sencillamente no es un impedimento para publicar en revistas profesionales. Más bien en más de un caso supone lo contrario. Hay incluso castigos por escribir bien -le pueden a uno tachar con el calificativo de "periodístico", lo cual puede significar, como le ocurrió a Paul Starr en el Departamento de Sociología de Harvard, hasta el despido (qué error enorme es éste de anatemizar el periodismo, por cierto, mucho del cual está tan mal escrito en otro sentido como el académico -es simplista, obvio, repleto de clichés, miope, históricamente anémico, repetitivo, condescendiente- y que además cuando quiere aparentar más de lo que es se perfuma de actividad superior como alguna otra cosa, sociología, o lo que es más hilarante, de comunicología). Santificamos la ciencia social cuando está precisamente profanando lo que constituye el otro lado de la frontera de la ciencia social, un movimiento familiar para los estudiosos de las desviaciones. Nos enmarañamos en la prosa opaca para adquirir credenciales. La universidad/periodismo y/o se empobrecen mutuamente.

Las tendencias profesionales autorreproductoras y cerradas de la vida académica son por tanto parte de esta historia. Pero la prosa introspectiva e indescifrable tiene una razón funcional más para darse. Representa el misterio que envuelve a la autoridad clerical, aunque en los últimos años las autoridades clericales se estén viendo públicamente perseguidas por algún subempleado iracundo. (Pero el misterio compensa a la profesión de su sensación de futilidad). El enigma puede ser descifrado, pero para ello necesitamos a un especialista en criptografía. La existencia del enigma asegura que la especialización tiene alguna utilidad. El aura de misterio puede llegar incluso a aislar la obra de su gran conversación con la sociedad, la verdadera conversación que es nuestra tarea como intelectuales sociales. Pero lo arcano, si se sitúa adecuadamente en instituciones de prestigio, atrae siempre cohortes de estudiantes que proceden a ampliar el círculo de influencia, al menos mientras no se formen círculos contendientes que se organicen y se liberen de la influencia para volver a reagruparse. Traten lo que traten los lenguajes cuasi o pseudo científicos, postestructuralistas y otros especialistas, su cohesión reside en su ensimismamiento.

No todos los tipos de ensimismamiento tienen la misma tendencia y función, por supuesto. El ejemplo maestro, un proyecto totalista resurrecto de los últimos veinte años, es lo que ha sido llamado, inmodestamente, "teoría" -la imitación de las variedades parisienses del postestructuralismo, especialmente el desconstruccionismo, literario, cultural y de la teoría social. Separando el estudio académico literario de la misma literatura, lo cual es claramente su objetivo, y degradando la literatura a la

categoría de uno entre otros muchos tipos de "textos", la "teoría" proclama la centralidad y hasta la indudable supremacía del teórico, no sólo como el único intérprete, sino como maestro de ceremonias y hasta director de la empresa crítica global, - aunque el mismo teórico proclame a voz en grito que no existe discurso magistral alguno. La teoría es plúmbea aunque a veces resulta elegante y desde luego es una forma ambiciosa de discurso, con una virtud distintiva: salta las fronteras parroquiales. Como los psicoanalistas y antes que ellos el marxismo, la vanguardia postestructuralista va dejando su huella en los campos de las humanidades y la historia, la filosofía, la ciencia política, la sociología, la antropología, los estudios sobre la mujer, el derecho, el cine y la televisión, así como en las obras literarias. Atrae a los estudiantes-modelo ambiciosos hacia una cultura académica común y un aura de suficiencia que la literatura por sí misma ya no puede proporcionar. Irradia subversión, anchura interdisciplinaria y proyección internacional de un solo golpe. Se jacta de su profunda insurrección y se promete conferencias internacionales. Insistiendo en que la interpretación es intrínsecamente política, su estilo de escritura incapacita a sus practicantes para cualquier acción política o intelectual que vaya más allá de las protegidas y suaves praderas de la academia. Maravilla de maravillas, esta subversión no exige ni el menor compromiso en la política. Rompiendo el hechizo de la literatura, identificando la autoridad de los textos con sus métodos de cristalización de poder, la "teoría" consigue autoridad a través de sus propios textos y de su milagro, misterio, y autoridad de-autorizada.

## 2. DOS ESTILOS DE MALA ESCRITURA

El tipo de mala escritura que deseo analizar no es solamente fruto del descuido. Tampoco me interesa la escritura difícil que resulta al transmitir razonamientos intrincados. Lo que el entorno académico está difundiendo actualmente con su mala escritura no es mala porque el argumento que describa sea intrínsecamente difícil, sino porque la expresión es torpe, enmarañada y hermética -llena de extrañas genuflexiones y de oscuridad expositiva, poco capaz de comunicar significado. Las oraciones subordinadas se apilan unas con otras no porque la calidad del pensamiento sea barroca, como en Henry James, sino porque el que escribe no puede ser molestado con la tarea de hacer más clara la materia a los lectores que no son adeptos suyos - aunque pueden llegar a serlo a través de un esfuerzo de inmersión en lo arcano. Se escribe en voz pasiva porque el escritor se doblega ante una sociedad tan aparentemente formidable y soberbia que parece que no hay poder humano capaz de cambiarla; o porque el escritor abdica de su responsabilidad como observador, y muestra así su deseo de enterrar bajo materia pétrea, o quizás debería decir bajo disco duro, sus percepciones. En esta modalidad de mala escritura la jerga no comunica conceptos difíciles de abordar sino más bien el propio placer del que escribe en los neologismos y en su condición de miembro de un club. Este tipo de mala escritura es indudablemente un "discurso". Tiene sus receptores, sus subtextos, sus seguridades. Y tiene sus razones. Hoy en día ya cuenta hasta con tradiciones propias. No es casual que este tipo de mala escritura se haya convertido en una credencial para su usuario que demuestra a los concluidos académicos que el estudioso marxista o postes-

tructuralista es una adquisición segura -encerrada con toda seguridad en el círculo encantador de aquellos que sólo son comprensibles para sus iguales, y que son incapaces de suscitar barullo alguno.

En los estudios de comunicación me interesan principalmente dos tipos de escritura oscurantista. Deseo plantear que ambos tipos, que tienen motivaciones muy diferentes y que incluso aparecen como diametralmente opuestos, comparten las mismas taras complementarias y sin lugar a dudas el mismo modelo de relación entre ideas y acción.

El primer oscurantismo es el estilo de investigación y escritura que Paul Lazarsfeld (1941) llamaba "investigación administrativa" y al que C. Wright Mills (1959) luego apostrofó como "la abstracción del empirismo". Treinta años después de que él lo detectara, la abstracción del empirismo se ha convertido en el procedimiento normal de trabajo en nuestros departamentos de comunicación y ciencias sociales. Los ordenadores y los avances en la estadística han multiplicado los medios de ofuscación en este sentido. Si leemos con cuidado el ensayo de Wright Mills, veremos que no se opone a la investigación empírica, no más de lo que se opusieron Adorno y Horkheimer. Mills tiene tal saludable respeto por los "hechos" que no puede ser acusado de convertir en fetiche ese concepto. La naturaleza de la objeción de Mills radica en que el empirismo se ha convertido en una forma de abstracción de las ideas generales en torno a la estructura social. Ha propiciado la reducción de los estudios únicamente a lo que puede ser medido. Ha hecho que se pierdan lo que constituían sus motivos de utilización en los más amplios estudios de base histórica de las fuerzas y corrientes presentes en la vida social. Es una colección de medios que se han convertido en fines. A lo que, más de cuarto de siglo después de la publicación de *La estructura de las revoluciones científicas* de Thomas S. Kuhn (1962) debería añadirse que la abstracción del empirismo da por definitivo un modelo empobrecido y en muchos sentidos equivocado de progreso en las ciencias naturales.

¿Por qué este auge de la abstracción empírica? Como Norman Birnbaum señala en su provocativo libro *La Renovación Radical* (1988), durante el período de posguerra (de 1946 a 1964 según sus fechas), cuando la abstracción empírica se deslizó en todo el campo de las ciencias sociales en Estados Unidos, su dominio se extendió no tanto por su lenguaje pseudocientífico como por su utilidad directa para los centros de poder en un momento presumiblemente problemático en materia de control: "Las ciencias sociales estadounidenses constituyen una tecnología social y una ideología legitimadora (yo diría que parte de una ideología legitimadora: T.G.), para la mayoría de la sociedad y más precisamente, para sus élites. Conectadas con la estructura empresarial, con las fundaciones, y con el gobierno a través de sus intermediarios reclutados en la universidad no a pesar de, sino precisamente porque carecían profundamente de una distancia crítica frente a la distribución de poder, las ciencias sociales terminaron por cumplir la función que el poder les demandaba" (Birnbaum:13). Un proceso similar ocurrió igualmente en la mayor parte del resto del mundo.

Pero el ascenso de la abstracción empírica está ya detrás de nosotros, y la situación actual es diferente. Se ha normalizado la cuantificación ramplera, y no solamente en

Estados Unidos. Los gastos gubernamentales en ciencias sociales han declinado considerablemente, y sin embargo la hegemonía de la abstracción empírica continúa extendiéndose de Oeste a Este, desafiada aquí y allá, pero escasamente minada todavía. Como "tecnología social", la abstracción empírica se gana la vida, aunque su valor en el mercado haya bajado. Hay incluso ratios esenciales. La justificación que para el análisis de contenido cuantitativo me dió un aprendiz de profesional fue la de que "se sostiene ante los tribunales". Puede embridarse para un uso práctico directo, como cuando se pone por ejemplo que hay tanta violencia en la calle, y hay tantos tipos caucásicos, así deducimos etc etc. Sin duda es verdad que el análisis cuantitativo tiene su utilidad. Pero lo que esa justificación práctica no contempla es cómo este tipo de investigación a través de la contabilidad se pone con gran facilidad al servicio de proyectos políticos estimados con fundamento, concebibles o factibles en un momento dado, los cuales da la casualidad que son los proyectos más seguros o más de moda en ese momento. El *modem* truca el ordenador.

Esto era sin duda de esperar. Pero lo que es más sorprendente quizás es la decadencia de la ciencia social radical. Los veteranos de los movimientos estudiantiles de los 60 que fueron a parar después a las ciencias sociales, se suponía que iban a reorientar la investigación universitaria en diversos sentidos, como mínimo, iban a producir teorías críticas, ambiciosas y globales, a contrarrestar la abstracción de un empirismo de corto alcance que sólo tenía como base su compromiso con la administración. Pero la teoría, en muchos sentidos, ha traicionado las esperanzas que críticos (especialmente de mi generación) tenían puestas en ella. En lugar de la vieja y Gran Teoría funcionalista, nuestros teóricos se han inclinado por diversas variedades de ensimismamiento. Un esfuerzo prometéico les ha hecho construir ghettos teóricos -marxismos elaborados, postestructuralismos, franc-feminismos, desconstruccionismos recónditos. Aún augurándoles frutos venturosos, detecto en ellos el método del obscurantismo. Por un lado, hay un placer considerable en la pertenencia a un club cuyo interior colectivo permite rasgar todos los velos. El tono privado y parroquial se está efectivamente elevando. Más preocupante todavía es que el tono parroquial y arrogante junto con su vocabulario contiene una línea política que sigue siendo irreflexiva. La premisa no dicha y no pensada que contiene es que una vez que una minoría afortunada consiga comprender el mapa social correcto (o determine la composición de la plusvalía, o elabore una teoría del imperialismo, o del trabajo en casa o de la mirada masculina) serán entonces capaces de trasladarla a la atención de la plebe, la cual, si sabe lo que le conviene, quedará hipnotizada ante ella. Las plebes son implícitamente los recipientes y no los hacedores de la historia. La historia, si es que pertenece a alguien, es a los especialistas teóricos. La premisa omitida (y hasta no sentida) de fondo es que los teóricos serán reconocidos en su valía una vez que su partido llegue al poder. La impenetrabilidad de la escritura se acepta, por tanto, porque los propietarios de ese discurso están dentro del sistema y están estudiando para ser los líderes: en efecto, son parte de las mentes bienpensantes de la sociedad. La idea unida a este discurso para el autoaislamiento es el dominio vicario de un mundo intratable de otra manera. Además, para aquellos que ya no encuentran en el marxismo total el sistema maestro que explica todos los fenómenos subsidiarios, si la historia no pertenece a nadie, o si la "historia" misma "desvelada y

revestida" no es más que una metanarración difunta, como los teóricos posmodernos dicen, entonces todos podemos tener la satisfacción mínima de disfrutar de las proyecciones especiales que la cultura universitaria tiene para con los gestos subversivos; uno puede conseguir ser un teórico crítico comprometido con la deconstrucción de la empresa crítica -yo me guiso mi subversión y yo me la como.

Lo curioso es que, a pesar de todas sus diferencias, la abstracción empírica y la teoría prometéica tienen en común su compromiso mutuo con un modelo directivo de conocimiento. Exagerando: el empirismo abstracto quiere poner manos a la obra -remangarse y ponerse al servicio de los sistemas de control-, y la teoría prometéica quiere poner la obra en sus manos -quiere representar a los no iniciados dentro de los sistemas de control. Pero en un nivel profundo, ambos tienden al mismo modelo estructural de relación entre conocimiento y poder. El ideal común es que el conocimiento mueva el mundo al servir a un centro de poder. En el caso de la abstracción empírica, el centro de poder es una institución que ya existe: el gobierno, la empresa, o la fundación. En el caso de la abstracción teórica prometéica, el centro de poder es hipotético: una clase revolucionaria, una audiencia activa. En ambos casos, el lenguaje oscurantista enmascara la filiación a un modelo en el cual el conocimiento está al servicio del poder activo.

En los últimos años investigadores y teóricos que trabajan en las zonas precintadas con el nombre de "estudios culturales" (cultural studies) han buscado refugio frente a este modelo en el romance de una recepción con capacidad de resistencia. Indudablemente para ese modelo la cultura popular es la acción política más importante. El redescubrimiento de la recepción se produce desde direcciones diversas pero converge en un cierto consenso. Hay una recuperación y una corrección de los excesos de manipulación que inspiraron los modelos de Frankfurt, que por otra parte tomaron mucha de su fuerza de su rechazo al estilo lazarsfeldiano de liberalismo conductista. Hay un intento de encontrar fuentes de vitalidad en sociedades aparentemente conservadoras, especialmente la norteamericana de los republicanos y la británica bajo gobierno de los conservadores. Existe una revulsión populista en contra de las crudas imputaciones marxistas sobre la consciencia de clase. Todas estas son buenas razones para resguardarse de un mal clima político. Son especialmente buenas razones para explicar por qué los teóricos posteriores a los años 60 desean romper con el puritanismo marxista según el cual el mundo de las imágenes -el equivalente funcional de sexo, drogas y rock and roll para nuestro tiempo- es condenado como frívolo o algo peor porque los signos traicionan "lo real", que reside en la esfera de la producción. Pero yo pienso que no vale nada un estilo teórico que se desarrolla a partir de una extraña combinación, por un lado, del encapsulamiento de la vida universitaria y por el otro de un estilo de política radical automarginado. Me refiero a la teoría cultural de la rebelión estilística - un flirtreo para algunos, para otros un tórrido romance, y posiblemente una cohabitación. Un filón de este tipo de escritura ha surgido en torno a la cultura popular británica, después americana, y en los estudios sobre cine de la última década, exaltando, en particular, el estilo punk. El influyente texto de Dick Hebdige *Subcultura: El significado del estilo* es el cánón de esta escuela.

Espero que finalmente alguien intente poner en su lugar más cuidadosamente esta tendencia encuadrándola en una historia temporal -los problemas entrecruzados de la izquierda británica, el auge del feminismo, la decadencia del partido laborista, una situación universitaria particular, etcétera. Las raíces intelectuales y políticas de lo que ha sido dado en llamarse los "cultural studies" son inseparables. De Raymond Williams surgió el programa de comprensión de la cultura como campo de acción política y sin embargo también como una fuerza en sí misma. De Richard Hoggart se tomó el reconocimiento o el argumento de que las formas tradicionales de solidaridad de la clase trabajadora estaban desapareciendo y reconfigurándose dentro de su inmersión en los mass media, de modo que los medios se convirtieron en el principal foco de atención. De Gramsci llegó el apoyo teórico continental certificado a un marxismo desestalinizado junto con la idea de la centralidad de la cultura y las concepciones del "sentido común" formando y reformando "bloques históricos", que prevalecen en la sociedad a través del establecimiento y depuración de los límites de lo legítimo a través de un proceso llamado "hegemonía". Las bases políticas provinieron del partido laborista desgajado ante dos posibilidades: (1) convertirse en una parte de la minoría trabajadora industrial, y por tanto condenarse a permanecer fuera del poder, lo cual convertía la acción política, a largo plazo, en una estafa o (2) convertirse en un partido de la clase media y así ocupar su puesto correspondiente en el linaje Socialista. Al mismo tiempo, los movimientos sociales de los marginados se organizaban y hacían más prominentes -campañas antinucleares en los finales de los 50, jóvenes trabajadores, afro-caribeños, feministas, gays. El proyecto de los "cultural studies" era, en parte, la defensa de los marginales y la garantía teórica de su importancia -a fin de cuentas, dar a los marginales un entendimiento común que los hiciera herederos legítimos de la versión marxista del proletariado en ascenso.

Los "cultural studies" británicos fueron trasplantados a los Estados Unidos bajo circunstancias parecidas en los 70. Para la generación de los 60, en camino de convertirse en la generación académica de los 80, el partido demócrata estaba desacreditado y no existía ningún tercer partido que no fuera un espejismo. En esos momentos, los impulsos radicales de la Nueva Izquierda estaban fuera de juego, y las protestas de las mujeres o las minorías estaban fragmentadas y en conflicto. Además, los políticos radicales de los 60 se habían arraigado en la cultura popular, especialmente con la música de rock -lo cual facilitó que sobrevaloraran la significación política de las formas artísticas populares. Los estudios culturales emergieron como una continuación de la línea política crítica a través de otros medios. *Los críticos y los estudiantes de este ámbito empezaron a buscar en la cultura popular señales de una energía de oposición que no encontraban en la actividad política estrictamente considerada.* Esta aproximación les permitió oponerse a la crítica uni-dimensional de la uni-dimensionalidad característica de los escritos de Adorno, Horkheimer y Marcuse dentro del enfoque de Frankfurt. Intelectualmente, parece preservar la posibilidad de la acción radical, en tanto que además se enorgullece de ser capaz de subvertir la jerarquía cultural. Está con los marginales y desposeídos contra los hegemónicos y poderosos. Indudablemente, de esta forma, la "resistencia" de la que los "cultural studies" hablan sirve para eludir ciertas debilidades que aparecían en el concepto de "hegemonía" -la tendencia a ver la uniformidad ideológica tanto como una especie

de niebla que no se sabe de dónde viene en particular o un punto muerto impuesto por las estructuras más irresistibles. Los "cultural studies" tomaron entonces en serio la idea de que la hegemonía es un proceso que incluye la colaboración (Gitlin 1987:205-6), y reclamaron el estudio de las condiciones en las cuales esa colaboración podía ser puesta en duda. Mi impresión es que después de los 60 en Estados Unidos como en Inglaterra ocurrieron dos cosas simultáneamente: la rebelión juvenil se institucionalizó -cada cohorte rebelándose contra estilos anteriores- y un número de formas convencionales de política radical quedaron bloqueadas. Así las teorías radicales se pusieron en busca de un proletariado suplente, y lo encontraron en la cultura popular.

Bajo estas presiones e influencias, los estudios culturales de los 80 desarrollaron un y/o lenguaje de "resistencia" versus el "culturalmente dominante", tomando su afirmativo nombre del prestigio y gloria del antifascismo. Hay dos versiones. La primera es la investigación del potencial radical de la cultura marginal, "alternativa" o "de oposición", especialmente la que expresa el sentimiento de orgullo de los grupos marginales -música rap, la llamada "música de mujeres", etcétera. Una de sus premisas es el rezo, o convicción, de que una cultura juvenil lo suficientemente enfadada constituye por sí misma una forma de política radical -con ello mantienen viva una llama que la clase trabajadora industrial había dejado extinguirse largo tiempo atrás. Esta fantasía está basada en un serio error de lectura de la relación entre política radical y cultura juvenil durante los 60. En aquel momento los dos movimientos convergieron gracias a la guerra de Vietnam. La trinidad de sexo, drogas y rock and roll parecía prometer que aquella cultura de vanguardia se fusionaría con el asalto revolucionario al capitalismo, o que ella misma iba a ser ese asalto. El manifiesto surrealista bajó de nuevo a la tierra, esta vez destinado a ser la constitución que extendiera los dominios intelectuales de la vanguardia -legiones de "baby-boomers" que encarnarían la vieja esperanza de que se puede escandalizar a la burguesía y derrotarla al mismo tiempo. La cultura era la política, a sus ojos, y en 1960 se podía ver un caso concreto.

Veinte años más tarde, el choque vanguardista se ha convertido en rutina, y los vanguardistas tienen que ir cada vez más allá para demostrar que no han sido asimilados. En consecuencia, algunos de los extremistas del ayer de la cultura juvenil, junto con otros, se han hecho teóricos arengadores de clubs, de barrios bajos y de canales de vídeo en busca de una "resistencia" de la que están convencidos, a priori, que debe existir. Habiendo fracasado en la búsqueda del potencial radical de la política de partidos masivos, exaltan la "resistencia" de las subculturas, o si no, de los estilos populares, o incluso -dando todavía un paso más- en la observación detallada de aquellos espectadores de televisión cuyas actitudes no sean las de una devoción abismada. La segunda versión de la teoría de la resistencia es ésta: la búsqueda de señales de insurrección política en la cultura principal, como hace David Marc en *Vistas Democráticas* o John Fiske en *La Cultura de la Televisión* o Janice Radway en *Lectura del Romance* (aunque ella en sus mejores páginas resulta más sutil). En la influyente obra de Frederic Jameson (1979) el argumento reside en que la cultura popular contiene "momentos" tanto de "reificación" como de "utopía" -como si los dos términos de la

lucha de clases hubieran sido transpuestos a los artefactos de la cultura popular. Es cierto que se pueden detectar y a menudo interpretar críticas a la estructura de poder y de riqueza inmersas en la cultura popular - pero hay en estas investigaciones críticas un ansia por encontrarlas, y un descuido de las posibilidades menos exaltadas dentro de los textos, que por ejemplo analizan los rastros de complejidad ideológica en una película como *Rambo* en forma de invitaciones a la "oposición", como si toda oposición fuera democrática, igualitaria, o de cualquier modo socialmente benéfica. Al final, se asume operativamente y sin declararlo que la cultura popular es *ya una forma política* y, además, supone cierta forma de insurgencia.

La "resistencia", significando todo tipo de gruñidos, múltiples interpretaciones, inversiones semiológicas, placer, rabia, fricción, inanidad, lo que se quiera- adquiere dignidad e incluso gloria al imprimir sobre todas esas formas no tan grandiosas de rechazo un vocabulario derivado de la actividad política vital que tuvo lugar contra el fascismo -como si el concepto sirviera lo mismo para la revuelta de los jóvenes estudiantes chinos que para un debate en la televisión por cable. Algunos han hallado nuevo material teórico en las comedias de enredo, otros en el cine de aventuras o en el cine de culto, otros en el ritmo de la MTV, otros en las planas secuencia, otros en los juegos de palabras, en la pornografía, y la lista crece y crece a la medida de la ingenuidad del investigador. Hegelianos hasta la médula, los seguidores de esta línea de pensamiento concuerdan en que en algún lugar de la cultura debe seguir habiendo "resistencia".

*Nota:* la resistencia. Me preocupa el lenguaje que predica la existencia de un mundo bipolar -la oposición vs. las élites, lenguaje que sobresimplifica tremendamente la cultura americana y, yo diría, la entera actividad humana mundial. Esta partición representa la renuencia a abandonar un modelo apocalíptico de cambio político. Representa también por otros medios la continuación de la fantasía revolucionaria.

El lenguaje de la oposición o resistencia frente a la dominación me parece especialmente erróneo en tanto es un sustituto de la actividad política, sea radical o no. Cada vez que oigo definir un estilo cultural juvenil como "resistencia" o "de oposición", me pongo a usar mi sentido común. ¿Qué clase de oposición es ésa?. ¿Qué defiende, cuáles son sus consecuencias? ¿Están realmente comprometidos en política en su sentido estricto, es decir en la política estatal o global, en las estructuras económicas, tienen algo que decir en materia del reparto de bienes públicos y demás, o simplemente se trata de una forma de consumo? ¿Por qué representan a gente cuya estética es diferente? La cultura, desde luego, está en relación con la política. Esto sin duda es un placer. Pero es un puro dislate concluir con ello que la cultura es la política. La cultura se confunde con la política únicamente por defecto -eso sólo ocurre en una sociedad desprovista de serias posibilidades políticas. En este sentido, la preocupación por la cultura popular es una señal de la bancarrota de la democracia política, del declive de lo público, y de la situación política desfavorable. Es una curiosa forma de reconciliación. Es también una manera de acomodar el legado radical a la estructura de la vida académica. Pues aquellos que esperaban cambios políticos y culturales drásticos hacia los valores de 1960 se lamen las cicatrices musicales, pero sólo eso.

Mejor que el romanticismo en torno a la "resistencia" hubiera sido afrontar la despolitización de la sociedad y ponerse al refugio de las consolaciones de una celebración cultural. Tras el romance del estilo, sospecho que el Otro revolucionario ha sido secuestrado dentro del esquema del desarrollo inconsciente de la racionalidad histórica. El pensamiento radical escolástico, en otras palabras, sirve ahora al teórico como escudo contra la resignación práctica. El prototipo es el estilo con el que T.W. Adorno excavaba su madriguera debajo del tenderete social. Adorno se partiría de risa al ver de qué modo su actitud ha sido plagiada por celebrantes radicales del estilo de Public Enemy o de Madonna.

Uno de los atractivos del fetichismo de una recepción "resistente" es, por tanto, el político, muy laudablemente. Las teorías que buscan formas de resistencia en la cultura popular implican con ello que el control de poder no importa, esté quien esté a la cabeza la marcha sigue y larga vida a los Sex Pistols; en este modelo el conocimiento acepta la marginalidad política e intenta sacar de ella el mejor partido. Pero el fetichismo del estilo puede derivar a una infantil exaltación de lo marginal -rendir culto al estilo insurgente sencillamente porque al menos podemos deducir que son "anticapitalistas". Oponerse al poder simplemente porque sólo el poder se acomoda al poder; sumisión al fin y al cabo, pues el poder sigue siendo quien dicta el guión.

El pensamiento social crítico no puede dejarse llevar a una danza a la espera de llegar al poder. Tampoco puede dedicarse a celebrar los poderes culturales de los subordinados en sus danzas nocturnas. Los voyeurs sólo encuentran signos de resistencia en la cultura popular; la cuestión es para ellos que hay que cambiar el mundo. El pensamiento social crítico necesita un público que no dependa de la largueza del poder, sea actual o anticipado. Necesita, o debe orientarse a conseguirlo, un campo democrático donde contender a través de las ideas. Y ese campo es su público, su razón de ser. La crítica debe examinar el poder y superarlo, debe instigar, espolear y también crear, tiene que ser tan impertinente con el poder como consigo misma. Esté quien esté en el poder, la crítica ha de ser impía. El declive de la crítica social y el autoencapsulamiento de la teoría es por tanto parte de una crisis más amplia. Es inseparable del declive de lo público en todas las dimensiones.

### 3. EL PÚBLICO DESAPARECIDO

Una cosa sorprendente de los discursos académicos de comunicación, ya sean críticos o administrativos, es lo poco interesados que están en la provocación, la animación o la atracción del público general. El autoencierro de la cultura universitaria destruye la vida intelectual pública, y a su vez la erosión de la vida intelectual pública hace más confortable el autoencierro universitario.

Este autoencierro no es en absoluto patrimonio exclusivo de los departamentos de comunicación. Los canales de discusión que han sido llamados, a veces confusamente, "la opinión pública" se han ido erosionando en Occidente a la vez que iban siendo reinventados, afortunadamente, en el Este. El público americano de televisión lleva

desertizado mucho tiempo aunque en él existan oasis aquí y allá, mientras la comercialización de este medio sigue su camino en Europa, dejando la tradición del servicio público fuera de combate. Considérese, al mismo tiempo, la decadencia de las revistas serias en Estados Unidos. Durante más de dos centurias las revistas han sido los conductos principales de la circulación pública de crítica social. (Véase este comentario fechado en 1775: "Siempre ha sido opinión de los leídos y curiosos, que una revista, cuando es apropiadamente concebida, es el hogar infantil del genio; y que al acumular constantemente nuevos temas, se convierte en algo similar a un mercado de ingenio y utilidad. Las oportunidades que permite a los hombres para ejercitar la comunicación de sus estudios prenden el espíritu de la invención y la emulación. Un ingenio que no se ejercita pronto contrae un tipo de entumecimiento que no solamente impide su crecimiento sino también abate su vigor normal. Como una casa sin cimientos cae pronto en el declive y a menudo arruina también a su poseedor". Esto decía Thomas Paine en el número fundacional del *Philadelphia Magazine*). Conforme la cultura va especializándose y profesionalizándose, la circulación general de revistas y publicaciones intelectuales decae. El pensamiento general hoy en día es un rasgo tan distintivo que se coloca junto a otros intereses particulares como el de los ordenadores, el footing o demás en los kioscos de prensa seria.

¿Dónde están ahora las revistas y publicaciones?. En el campo de las especialidades. Revistas de cine, de feminismo, de marxismo, teóricas, etc, etc, abundan, pero pienso que el número y circulación de las revistas *generales* de análisis y opinión se ha encogido en relación con el público de formación superior. También ha encogido la extensión de artículos y textos de ficción -Saul Bellow (1989) se vio recientemente obligado a publicar en forma de novela un texto original para el que no encontró una revista que lo publicara; los ensayos que superan las siete u ocho mil palabras tienen que mendigar un sitio donde ser publicados. En las revistas comerciales el formato es dictatorial: la norma es brevedad y ligereza. Cuando la izquierda se adapta -como en los casos célebres de *Mother Jones and Ms-* permanece algo de la fuerza investigadora pero la debilidad del análisis institucional, de las acotaciones teóricas, de las alternativas prácticas salta a la vista escandalosamente. Parte del problema de la izquierda es, por supuesto, el dinero. Los precios postales, el incremento del precio del papel, etc, han hecho daño. La filantropía izquierdista que en el despertar de los 60 prometía la movilización desde las bases se ha quedado concentrada en la política práctica y en los beneficios sociales -proyectos de comunidad y demás. Sólo *Dissent*, de todas las revistas tradicionales estadounidenses, ha sido capaz de mantener e incluso distribuir más de diez mil ejemplares. Pero el problema va más allá de las finanzas. Los semanarios más accesibles de la izquierda, *The Nation*, *In These Times*, *The Village Voice*, son erráticos, apoyando unas veces las agendas de los activistas y otras las de los académicos. *The New York Review of Books* es aparentemente alérgica a los estudios sobre medios de comunicación y sobre ciencias sociales en general y en general a todos los escritores que no superen los cincuenta años. El éxito de la revista bimensual político-cultural judía *Tikkun* (de la cual un tercio de los subscriptores no son, parece, judíos) debe ser en parte resultado del hambre generalizada de crítica intelectual seria sobre política y problemas sociales.

Pero el problema, me temo, es tanto de demanda como de oferta. Hay un empobrecimiento de la cultura general. ¿Cuántas veces puede oírse ahora a dos estudiantes universitarios discutiendo sobre una novela que han leído fuera de clase? ¿O sobre un artículo de prensa? Leer por placer parece hoy un gusto estrafalario, el equivalente al gusto por la construcción de trenes de juguete. Los estudiantes universitarios ignoran las tradiciones literarias, filosóficas o artísticas; no leen periódicos; y los estudiantes no educados se convierten en profesores sin educar. El empobrecimiento tanto de escritores asequibles como de lectores interesados se agrava aún más con las miles de horas infantiles saturadas de televisión.

Pero imaginemos, a pesar de todas estas barreras, que un joven universitario bien formado que desea hacer carrera como intelectual público en un nicho académico, poseyendo talento para la escritura y una finita cantidad de energía (sobre todo para los hombres feministas, pues son bastante menos que hace unas décadas, cuando las responsabilidades domésticas se dejaban todas a la mujer). Así que él o ella tiene que elegir. ¿Por qué va a elegir publicar en una revista no profesional o interdisciplinar, cuando la recompensa es tan flaca e incluso supone un cierto riesgo? Los jóvenes aspirantes a la carrera académica están obsesionados con las ventajas de publicar en revistas profesionales acreditadas (con referees). Las revistas académicas abiertas a las tendencias intelectuales de la post Nueva Izquierda o interdisciplinares han tenido problemas para mantener su status profesional -al menos en parte para mantener su apariencia- y por tanto se han visto obligadas a conservar estrictamente un estilo casi barroco escolástico. La interesante revista feminista *Signs*, que se ha liberado de las constricciones académicas quizás precisamente por el espíritu transdepartamental que todavía se da en los círculos feministas, no tiene acceso a los comités de promoción a pesar de contar con referencias, pues se asume que una revista feminista debe circular en un grupo limitado. Por otra parte, para escritores universitarios que cultiven estilos accesibles, hay algo descorazonador en la publicación de un artículo en una publicación general cuando se sabe que va a ser atronadoramente ignorado (Don Marquis decía sobre el análogo en el mundo literario: "Publicar un libro de poemas es como tirar un pétalo al Gran Cañón y esperar a que suene el eco").

Hablo deliberadamente de *cultivar* un estilo accesible, y no ya de un estilo brillante. Los escritores se ven animados a escribir en los estilos que ven publicados en las revistas que funcionan como gatekeepers de su profesión. Forzado a un desuso durante un período adecuado, el estilo accesible se muere.

#### 4.- LA CRÍTICA A LA BÚSQUEDA DE SU PROPIO PUESTO

Muchos son las presiones y los motivos, por tanto, que hacen que los estudios de comunicación -e igualmente las humanidades y ciencias sociales-vayan hacia un callejón sin salida. El declive de un público vigoroso confirma el giro académico hacia la preocupación por la "metodología" (¿por qué no sencillamente el "método"?) tomando una actitud puramente de celebración (equivocando así lo que ha de ser el

progreso teórico y de la disciplina científica para con su sociedad) como puramente de resignación (el desvanecimiento de las esperanzas revolucionarias para la sociedad les ha llevado a la idea de que, si no hay otra cosa mejor, al menos la *teoría* habrá de perfeccionarse, esperanza que a menudo se ve seguida de una genuflexión ritual a la idea de que la teoría "correcta" producirá una práctica "correcta").

La crítica social, mientras tanto, larga amarras de una teoría social más amplia o de una visión del cambio social -dilemas paralelos a los del autoencogimiento de la vida académica. En los sesenta la mayor parte de los críticos sociales eficaces operaban fuera de la universidad, y la mayoría de ellos alcanzaron un prestigio social establecido: Michael Harrington, Betty Friedman, James Baldwin, Paul Goodman, Ralph Nader. En los setenta y ochenta, en contraste, los críticos freelance con aspiraciones y dimensión son escasos. Entre los académicos conseguir llegar más allá de la universidad es inusual. En la práctica, los dilemas a los que se enfrenta la crítica dirigida al público en general (dejando de lado su fuerza considerable) coinciden con los de los enclaustrados estudios de comunicación. Cuando la crítica social demoledora (por ejemplo, la de Christopher Lasch (1979)) consigue un público lector considerable, no alcanza a establecer un debate serio; tampoco consigue ser práctica por sí misma -sus acusaciones son muy globales, y su ojo crítico para las reformas padece de ictericia. Los marcos generales críticos de ecologistas sociales o feministas culturales siguen formando ghettos -no consiguen enfrentarse a sus enemigos en un dominio público.

Al mismo tiempo, la crítica ad hoc más limitada de políticas y prácticas particulares -llamémosla crítica abstraída- prolifera en las páginas de opinión y en los debates televisivos o permanece confinada entre los especialistas: círculos de élites políticas, lobbies, y especialistas. La crítica ad hoc no consigue conformar acumulativamente una crítica más general o una visión de la sociedad y su transformación. Esto es especialmente verdad en el campo de la acuciante necesidad de reformas en los medios. En una época de desregulaciones, conglomeraciones y proliferación de telecomunicaciones, a la izquierda estadounidense no se la escucha clara y coherentemente en los debates, si es que los hay, sobre política de comunicaciones. Esto es en parte responsabilidad de los medios establecidos, por supuesto, cuyas elecciones de voces autorizadas están claramente inclinadas hacia las opiniones respetables; pero la responsabilidad también recae sobre la izquierda misma, muchos de cuyos miembros están atrapados en el "te-digo-yo que -es-asi" de la automarginación.

Desde los últimos años de los setenta pasando por los ochenta y hasta los primeros años de los noventa, la derecha es la tendencia que ha sabido establecer y mostrar confianza el marco político de debate -en no pequeña medida porque la administración Reagan y las élites mediáticas eran receptivas hacia ella. Pensemos en las vulgarizadas teorías sobre la Nueva Clase de Daniel Patrick Moynihan, Irving Kristol y otros, que alcanzaron al gran público via el *Wall Street Journal* y los muy ampliamente difundidos comentaristas del Committee of the Present Danger, el Instituto de Empresa Americano y la Heritage Foundation. Pensemos en el famoso artículo en *Commentary* de Jeane Kirkpatrick (1979), en el que justificaba racionalmente las dictaduras de derecha de un modo idóneo para el futuro presidente. Mientras los estudiosos de la izquier-

da se enterraban a sí mismos bajo pilas de estadísticas o desaprobaciones a boleo de la autoridad -tanto textos como profesores-se dejaba a Allan Bloom (1987) y al Secretario de Educación William Bennett vía libre para dirigir las ansiedades públicas hacia ideas simplonas y semicocidas sobre el Padre, el Pentágono, y la Ley, amparándose en las virtudes de una gran tradición occidental como si ésta estuviera, o hubiera estado, establecida perpetuamente. Por su parte gran parte de la izquierda se ha entramado a sí misma en las diversas piedades del marxismo y la balcanización, abdicando de sus responsabilidades de buscar formas de contemplación de la totalidad. Cuando la idoneidad de sus textos sagrados se ha puesto en duda, los marxistas, como los puristas ptoloméicos, han multiplicado epiciclos para rescatar la noción de que la historia es, en esencia, una lucha de clases; y mientras que los balcanizadores repiten la letanía de la clase/raza/género, le están dejando a la derecha la responsabilidad de tener una visión de conjunto (Gitlin 1990). Me gustaría pensar que ya hemos llegado a la pleamar de esta marea intelectual.

Hemos fragmentado totalmente la teoría, en fragmentos que no se acumulan para formar una visión de conjunto. Posiblemente la visión de conjunto no esté entre las cosas posibles, ¿quién sabe?, y quizás esto no sea al fin y al cabo tan mala cosa. Una política más modesta, lo que he llamado en otra parte una política de límites (Gitlin 1989) puede que nos ahorre algunas de las fiebres y catástrofes que han caracterizado a la política de ideas fijas del siglo XX. Lo mismo puede decirse al respecto de la crítica social -hay actualmente una gran cantidad de ella, modestamente enfocada, y mucha más crítica social podría hacerse si no fuera por la única razón de que muchos de nosotros estamos muy insatisfechos con las condiciones en las que se escribe, ridiculizadas por Russell Jacoby. Pero una crítica saludable requiere algo más que una escritura mejor. La crítica proviene de intereses ligados a los puntos de vista constitucionales; pero para que sirva a la realización del ideal democrático debe llegar al público general. Ninguna publicación especializada ni ningún debate televisado pueden conseguir eso. La restricción, fragmentación y distracción del público general, junto con la merma del electorado, ponen un límite decisivo a la resonancia mayor de cualquier discurso crítico hoy en día. Si somos serios sobre lo que es ser críticos, tenemos que afrontar el peligro, tomarlo plenamente en serio.

Me han contado que el área asignada para discursos públicos en la Universidad de Texas, Austin, es tan inaccesible que no se usa casi nunca. Yo me pregunto: ¿Para qué sirven los críticos si sus tribunas ocupan la periferia y hablan en lenguas extranjeras?.

## BIBLIOGRAFÍA

Este texto de Todd Gitlin es una revisión de la comunicación presentada ante la Asociación de Comunicación Internacional en San Francisco el 26 de mayo de 1989. Una versión anterior ha sido publicada en *Critical Studies in Mass Communication* (Junio de 1990).

- BELL, DANIEL, 1962: *The End of Ideology*. New York: Free Press.
- BELLOW, SAUL, 1989: *A Theft*. New York: Viking Penguin.
- BIRNBAUM, NORMAN, 1988: *The Radical Renewal*. New York: Pantheon.
- BLOOM, ALLAN 1987: *The Closing of the American Mind*. New York: Simon and Schuster.
- ENGELS, FRIEDRICH, (1880) 1975: *Socialism, Utopian and Scientific*. New York: International Publishers.
- FISKE, JOHN, 1987: *Television Culture*. London and New York: Methuen.
- GITLIN, TODD, 1982: *Television's Screens: Hegemony in Transition*. In Michael W. Apple, editor, *Cultural and Economical Reproduction in Education*. London: Routledge and Kegan Paul, pp. 202-46.  
 1987: *The Sixties: Years of Hope, Days of Rage*. New York: Bantam.  
 1989: *Postmodernism: Roots and Politics*. *Dissent* (Winter):pp. 100-108.  
 1990: *All Quiet on the Western Front?* *Tikkun* 5 (July/August 1990): pp.47-48.
- HEBDIGE, DICK, 1979: *Subculture: The Meaning of Style*. London: Methuen.
- JACOBY, RUSSELL, 1987: *The Last Intellectuals*. New York: Basic.
- JAMESON, FREDERICK, 1979: "Reification and Utopia in Popular Culture". *Social Text* 1 (Winter) 130-148.
- KIRKPATRICK, JEANE, 1979: "Dictatorships and Double Standards". *Commentary* 68:pp. 34-45.
- KUHN, THOMAS S., 1962: *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago: University of Chicago Press.
- LASCH, CHRISTOPHER, 1979: *The Culture of Narcissism*. New York: Norton
- LAZARSELD, PAUL F., 1941: "Remarks on Administrative and Critical Communications' Research". *Studies in Philosophy and Social Science* IX: pp. 2-16.
- MARC, DAVID, 1984: *Demographic Vistas:Television in American Culture*. Philadelphia: University of Philadelphia Press.
- MILLS, C. WRIGHT, 1969: *The Sociological Imagination*. New York: Oxford University Press.
- RADWAY, JANICE, 1984: *Reading the Romance: Feminism and the Representation of Women in Popular Culture*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.